

Mercado y Pedagogos en Secundaria*

Olga GARCÍA FERNÁNDEZ

(Profesora de Filosofía de Secundaria, licenciada por la UCM)

Para localizar el problema de la educación en la actualidad lo más sencillo es focalizar el lugar en el que esta se desarrolla. Y en efecto, el espacio que la autora delimita para ello no es otro que el aula de un instituto, sólo que ésta presenta la peculiaridad de que se encuentra desierta, a pesar de que en ella hay profesores y alumnos. Pero, además, está vacía o vaciándose de todo contenido crítico, de toda ideología emancipadora, de todo conocimiento de la historia, de la historia de las ideas, de toda creatividad y de cualquier posibilidad de que de ella surjan alumnos autónomos. Se trata de un espacio público usurpado por otros protagonistas muy distintos: por la sociedad de mercado y por sus expertos, los pedagogos. Es un lugar en el que ya no existen alumnos sino potenciales consumidores de productos varios, consumidores ya convencidos de una mercancía muy particular, de una “formación para toda la vida” que la sociedad de mercado ha tenido a bien proporcionarles como horizonte para su desarrollo. Es un espacio pretendidamente integrador de diferencias y desintegrador de identidades que se están formando, pues los sujetos están, aunque plenos de destrezas, estrategias y competencias, vacíos de todo saber que les permita asentar un mínimo de cordura que les enfrente a la sociedad que ha generado este espacio para ellos. Y cuando salgan de este reducto de protección lo harán con un título de dudosa valía en las manos.

Ésta es la perspectiva desde la que la escritora de *El aula desierta* analiza la situación de la educación en general, y de la pública en particular. Para ser más pre-

* Sobre *El aula desierta*, de Concha Fernández Martorell (Montesinos, 2009).

cisos, es el punto de vista del profesor de secundaria, un punto de vista privilegiado, sin duda, porque permite percibir con claridad la desintegración paulatina y vertiginosa de la relación profesor-alumno mediante la intromisión en la educación de los parámetros e intereses económicos de la sociedad neoliberal a través de los expertos creados a tal efecto para ello, los pedagogos, auténticos publicistas de una sociedad de mercado cuya función es ofrecer garantías, derechos y expectativas de triunfo social esa clase social de consumidores potenciales que es el alumnado. El resultado de este análisis es claro: el aula está desierta, se está predicando en el desierto. No se está hablando de una situación por llegar, sino de una situación a solucionar, y la única solución pasa porque los profesores tomen conciencia de que, al igual que los alumnos, se les está arrebatando su lugar propio, a fuerza de desacreditar su función y de llenarlo con propaganda de mercadería educativa en lugar de con educación. Efectivamente, si de lo que se trata, como defiende supuestamente el espíritu de la Reforma (momento fundamental en el que se sitúa el principio del fin) es de la construcción de individuos libres, críticos y autónomos, el profesor no se puede dejar arrebatarse su función principal: la de transmisor del conocimiento, función en la que se sustenta toda la autoridad que se puede exigir en el aula. Sin embargo, es una función que, actualmente esta desprestigiada supuestamente por ideológica y adoctrinadora, puesto que es precisamente la transmisión de conocimientos históricamente asentados en cada materia (esto es, la materia en sí), lo que parece ser -según las nuevas tendencias pedagógicas y sus expertos- lo que constituye la principal fuente de prejuicios y de totalitarismo a la que se podría someter a un adolescente. Es más, se habla incluso de una actitud, por parte del profesor, de menosprecio en relación a las posibles aportaciones (desde la nada) del alumno.

La educación sólo puede ser entendida, sin embargo, desde una perspectiva Ilustrada; la que defiende el conocimiento de los contenidos y el uso crítico de la razón. Señalando que los contenidos que estructuran las diferentes materias son, en sí mismos, históricos, obtenidos a base de esfuerzo; que por definición son criticables, y que son la única posibilidad de cordura para un adolescente procedente de una sociedad rendida al capital, que carece de verdadero tejido social y que sólo les ofrece, cuando “salgan a la vida real” (como dicen los pedagogos) un horizonte de consumo ilimitado. Es necesario defender la perspectiva de la emancipación a través de una razón que sea crítica con sus propios límites y aspiraciones y que, en este momento, con prestar atención, sólo vislumbra un panorama nefasto, el del totalitarismo como respuesta al caos producido por la creación de individuos supuestamente “integrados” en la sociedad a través del sistema educativo, y que, sin embargo, sólo son identidades desintegradas desde el principio que no encuentran su lugar como verdaderos ciudadanos, sino como mercancías, como meros sujetos (y objetos) reproductores del sistema. Ahora bien, y ésta es la contradicción inherente al sistema educativo actual (o el problema, como afirma Concha Fernández

Martorell, es que no lo sea y que estemos ante una contradicción no accidental sino buscada): el modo en que la Reforma pretende integrar a los individuos adolescentes en la escuela es muy específico, y aunque aparezca bajo el principio de “atención a la diversidad” no es otra cosa que la “normalización” requerida por la economía neoliberal de los sujetos bajo una única categoría: la de consumidor, o lo que es lo mismo, como mercancía resultante del propio sistema educativo. El adolescente genera el adolescente en la necesidad de adaptación o flexibilización a la que está sometido, por los planes formativos dentro de ese ámbito de protección que es la escuela, y en vistas a la formación para toda la vida a la que se va a tener que acostumbrar a su salida de ella. Para ello, ya está siendo preparado desde la enseñanza secundaria obligatoria, y todo bajo la apariencia de la libertad de elección de una formación personalizada que además, pretende ser crítica y tolerante, lo que es una total perversión neoliberal del ideario ilustrado.

Ocurre, así, que unos valores de origen pretendidamente ilustrado son los que permiten hacer pasar lo que no es más que una Reforma al servicio de los intereses del mercado, por un reajuste educativo crítico y emancipador.

El análisis se centra en la enseñanza secundaria, momento clave en el que se asientan mínimamente los contenidos (que no los “contenidos mínimos”, ni las “estructuras” y las “estrategias”, cuyo significado los pedagogos son incapaces de esclarecer) que permiten construir la identidad del individuo, es decir, en la adolescencia. Este “asiento mínimo” le va a permitir defenderse (en sentido estricto) de la realidad críticamente. Éste es el momento y el aula es el lugar en el que el profesor puede armar al alumno con los conocimientos necesarios para que encuentre de manera natural su camino, para que tome decisiones de una manera mínimamente independiente. Y por lo tanto, este es el momento en el que esta función del profesor, viene caracterizándose, de una manera absolutamente zafia e ideológica, de “adoctrinamiento”, pues según los expertos de la educación o pedagogos no se pretende dotar al alumno de estrategias y habilidades, sino que se pretende vender como verdades hechos del pasado y de la tradición. Enseñar la propia disciplina se ha convertido así en un acto de autoritarismo muy poco comprensivo con el alumno y que desprecia la creatividad del proceso de enseñanza-aprendizaje, en el que la figura profesor-alumno se disuelve. De forma que, según los expertos de la pedagogía, el profesor que se empeña en explicar de esta forma, lo único que pretende es ejercer su autoridad. Esta es la situación de la que hay que partir para encontrar una solución, teniendo en cuenta, que el mayor perjudicado por el estado actual de las cosas es el alumno y que el profesor está completamente desprestigiado. No estamos exagerando el problema.

Efectivamente, la protección del adolescente es clave en *El aula desierta*, como lo es que el profesorado tome conciencia de su situación y no se deje arrebatar ni su profesión ni su profesionalidad, como parte de la solución. La Reforma no ha veni-

do actuando sobre la nada, sino sobre algo que se venía construyendo históricamente, en España como en otros países: una educación, una escuela cuya base era el espíritu crítico; una universidad a la que habían accedido todas las clases sociales, un espíritu democratizador en y a través de la enseñanza. Sin embargo, para los intereses del mercado la formación de la que han sido objeto generaciones de alumnos y los profesores que ahora ejercen como tales, se incumple un principio absolutamente imprescindible para que esa formación sea (re)utilizable: el principio de la flexibilidad y de la adaptación a las necesidades del mercado. Este criterio, junto con el de la especialización, importados del ámbito económico y laboral, es la base de los planes de estudio en cualquiera de sus etapas en la actualidad (y toda su armazón conceptual: agrupamientos flexibles, flexibilidad de opción, itinerarios alternativos, optatividad y especialización, créditos prácticos) y ha convertido a los clientes de la educación, esto es, a los alumnos y a los profesores, en recipientes de “valores”, “actitudes” y “habilidades”, con el resultado de que no saben, ni unos ni otros por dónde se andan, en qué consisten sus funciones y obligaciones y para qué están en un espacio que no sienten como propio, porque se lo han arrebatado.

El aula desierta quiere encontrar la solución al problema en un punto que, quizá, resulta bastante discutible. Es cierto que la pérdida del sentido, del lugar y de la perspectiva (me niego a utilizar la palabra “rol”) de cada uno afecta sobre todo a los adolescentes, que al fin y al cabo, y como señala (aunque con perversidad y alevosía) el *constructivismo*, están en construcción de su propia identidad y normalmente proceden, y cada vez más en la enseñanza pública, de ambientes sociales que no ayudan a que se centren, de forma que la escuela reproduce los problemas y los agrava. Pero que la escuela reproduzca estos problemas es una situación que se da no porque la sociedad se refleje en ella (introduciendo las diferencias de clase, por ejemplo), sino porque, precisamente, no se la protege de esa intromisión, pues ese es el objetivo del mercado. Por este motivo no se protege a los que poseen el conocimiento (se siente, esto es así): los profesores. Si bien el profesorado tiene la responsabilidad y, además, la vocación, de intentar hacerse cargo de las particularidades de cada alumno, esto es caer en la trampa de la Reforma, porque ante todo, lo que tiene que aportar, de manera crítica, con todo el despliegue de medios posibles, es conocimiento, contenidos. Es necesario asumir la posibilidad real que tiene el profesorado de reacción frente a esta agresión a la escuela y a la enseñanza pública. Es cierto que a veces parece que el profesor busca cargarse de razón al sentirse agredido por las actitudes del alumnado y que, en ocasiones, justifica así su inmovilidad y apatía, utilizando como primer y último recurso la pataleta. Pero es que está en el ojo del huracán y, no lo olvidemos, inundado de burocracia (el profesor sí que genera plusvalor) y ésta no le deja así como así “ver el bosque”.

Si se define a la sociedad de mercado como la culpable de esta situación, que además ha reconocido como enemiga declarada a la escuela, devolver a la escuela

la solución, a los docentes, es una carga absolutamente pesada. Y de hecho, ya lo hacen las diferentes leyes de educación, sólo que a su modo. A tal efecto, la autora cita a Marta Mata que señalaba que el fracaso de la LOGSE está en un profesorado anquilosado y poco preparado. La sociedad de mercado se ha procurado de herramientas, como gustan las nuevas pedagogías de afirmar, para dispersar la atención del problema (ella misma) y focalizarlo sobre los profesionales que “no marchan al mismo ritmo que las necesidades de la sociedad del conocimiento”, los profesores. Y para ello se han servido de los intermediarios, los padres, y estos, acogotados por su propia situación laboral están descargando sobre el chivo expiatorio que se les ha señalado previamente: los profesores y la escuela pública (no la privada, que al fin y al cabo, ya está concebida como una empresa, aunque cuente con los mismos profesionales). Los padres, además, ya están reproduciendo el ideal consumista frente a sus hijos (algo que el adolescente percibe y utiliza), y a éstos se les ha dado poder para intervenir, junto con los nuevos profesionales de la enseñanza en la elaboración, corrección y supervisión de un sistema educativo que se tiene que adecuar a las necesidades reales de sus hijos (más bien del sistema). El profesor es, curiosamente, el único profesional acreditado por sus estudios para saber en qué debería consistir la educación, y no unos agentes externos (como los Consejos Escolares, organismo que cumple la función del Consejo Social) al servicio de unos intereses económicos que ni siquiera perciben o reconocen, en el caso de los padres.

La pedagogía actual es el enemigo principal del profesorado. De ella afirma la autora que sólo tenía sentido cuando se estudiaba junto a la Filosofía, pues sabía hacia dónde iba, que pretendía, mientras que ahora es un hueco vacío al servicio del mejor postor para rellenarlo. Y lo que es peor: salvo los ideólogos que están detrás de cualquier reforma educativa (y que no son pedagogos sino economistas), los expertos en pedagogía no tienen ni la más remota idea de lo que están propiciando con su presencia en el centro. No entienden la resistencia del profesorado frente a sus buenas intenciones. Para ellos, la defensa de las disciplinas propias es un ejercicio de autoritarismo y de intolerancia con los alumnos. Esto es contra lo que debe luchar el profesorado y son muchos enemigos los que “defienden” al alumno sin que él lo pida. Recuperar la cordura no es sólo un ejercicio de voluntad (tampoco creo que la autora se conforme con ello): es que es lógico que el profesor no sepa cómo empezar a rebelarse.

Que la toma de conciencia y el cambio en la mentalidad del profesorado como principio para la recuperación de sí mismo y del adolescente parta de la famosa cita kantiana de que no se puede aprender Filosofía, sino a filosofar, tiene sentido. Es la actitud y la forma de todo conocimiento crítico, en relación a la Filosofía y a cualquier disciplina, pero no hay que olvidar, insistimos, que se está enseñando en el “desierto”, en un espacio que, como dice Fernández Martorell, estábamos empezando a cons-

truir justo cuando sus cimientos fueron demolidos por el mercado y el consumismo, creando una sociedad agresiva en las relaciones ciudadanas de todos los ámbitos.

La solución parece ser proteger al individuo adolescente de la sociedad, al modo de Rousseau. Esa protección va, en la escuela, desde el profesor al alumno. ¿Se trata de que formemos personas (como afirma Rousseau, según Fernández Martorell) antes que alumnos, antes que ciudadanos, cuando estas personas ya entran a la escuela codificadas como mercancías? El profesor tiene poco que hacer en este ámbito cuando el mercado ya ha intervenido en la escuela, fabricando sus propios planes de estudio. Quizá, si como afirma la autora, el sistema neoliberal traiciona los principios de la educación de Rousseau, (cuestionables, desde mi punto de vista, porque fomentan el individualismo en el aislamiento previo del “buen salvaje” y no la crítica), lo eficiente sería atacar los principios del neoliberalismo y sus intereses creados en la educación. Sólo así quizá se pueda proteger el aula y llenarla de contenido.